

Iglesia Católica española ha resultado esencial no sólo en el establecimiento de un sistema democrático, sino también en la consolidación del mismo.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ARANDA BUSTAMANTE, GILBERTO CRISTIAN, *Vicaría de la Solidaridad. Una experiencia sin fronteras* (Ediciones Chile América-CESOC, Santiago de Chile 2004), 203p., ISBN: 956-211-114-8.

Hoy es bien sabido que la Iglesia católica española hubo de vivir, durante el Posconcilio, un progresivo y en ocasiones intenso enfrentamiento con el Régimen de Franco a causa de su carácter autoritario y de su pretensión de mantener a toda costa la unión Iglesia-Estado. Pero la Iglesia española no fue la única iglesia que llevó a cabo tal empresa. Hubo otros casos, y quizá uno de los más meritorios y, al mismo tiempo, más brillantes, fue el de la Iglesia chilena. Encabezada por la rutilante figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez, Arzobispo de Santiago, personaje que, a nuestro juicio, guarda notables paralelismos con la también rutilante figura del Cardenal Vicente Enrique y Tarancón, el catolicismo chileno, o al menos el sector mayoritario del mismo, fue enfrentándose de manera progresiva al general Augusto Pinochet, máximo representante del gobierno militar, quien no tardó en percatarse que frente a suya estaría no solo la izquierda política, sino también una porción significativa de la Iglesia.

La mejor visualización de dicha política de oposición la encontramos en la Vicaría de la Solidaridad, una vicaría de carácter peculiar que fue creada el 1 de enero de 1976 bajo los auspicios del Arzobispado de Santiago y, por tanto, del Cardenal Silva Henríquez. Esta peculiar Vicaría, que se convertiría en todo un símbolo de la defensa de los derechos humanos en Chile y que acabaría recibiendo galardones del prestigio del Premio Príncipe de Asturias, desarrolló su actividad entre 1976, cuando la dictadura se encontraba en su auge, y 1992, en que, ya iniciada la transición a la democracia en el país andino, se decidió que debía cesar en su actividad al haberse recuperado la normalidad político-institucional. A pesar de su importancia, la Vicaría de la Solidaridad se encuentra todavía en un estado de escasa atención por parte de la historiografía, y en ese sentido el libro que ahora venimos a presentar constituye, si no el estudio definitivo (algo que no creo fuera el objetivo ni siquiera del propio autor), sí una obra de carácter pionera en la cuestión. Gilberto Aranda demuestra a lo largo de todo el libro un evidente talento como historiador y, a pesar de su juventud, una sólida y brillante formación, que es capaz de plasmar con notable habilidad a lo largo de toda la obra.

El autor tiene muy claro el carácter dual de esta institución. Por un lado estuvo lo que era el organismo puramente diocesano, con un alcance referido exclusivamente a lo eclesial. Por otro lado, ese mismo organismo fue capaz de traspasar las fronteras de Chile para contactar con los principales organismos internacionales, buscando en estos foros la promoción y la defensa de los derechos humanos en Chile. Fue precisamente eso lo que le permitió contar con los recursos de más de cuarenta organizaciones humanitarias externas al país andino, y lo que le supuso la obtención del apoyo

de varios estados e incluso organismos intergubernamentales como la *Organización para las Naciones Unidas* (1945).

Quizá por ello el libro se encuentra claramente dividido en dos grandes partes. La primera, que consta de dos capítulos, es la que se refiere a la Iglesia católica y su papel histórico en la cuestión internacional (que el autor, de nacionalidad chilena, denomina «transnacional») y de los derechos humanos. La segunda (que abarca los siguientes seis capítulos), mientras, se centra en el caso concreto de la Vicaría de la Solidaridad, concentrando la mayor parte del contenido del libro. La obra concluye con unas interesantes reflexiones finales y con la inclusión de varias entrevistas a personajes clave en la Historia de la Vicaría de la Solidaridad, como su primer Vicario (Cristian Precht), que no hacen sino enriquecer el conjunto de la monografía. De manera anterior hay que hacer mención al prólogo de José Morandé, Profesor del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile, para quien de alguna manera la Vicaría de la Solidaridad vendría a anticiparse a un proceso que ahora afecta a la Humanidad de manera muy importante y que conocemos como *globalización*, siendo la Vicaría una pionera en el desarrollo de la cooperación en los planos de la libertad y dignidad humana.

Pero la vertiente internacional no es algo para nada nuevo en la Iglesia. Aunque esta no quedó plenamente institucionalizada hasta los Pactos de Letrán (1929), por los que se reconocía a la Ciudad del Vaticano como estado con personalidad jurídica internacional, lo cierto es que la Iglesia llevaba siglos actuando en los escenarios mundiales, lo que resultaba por otra parte totalmente lógico si consideramos el carácter universal que Roma siempre ha declarado. Lo que sí se observó con el paso del tiempo era una pérdida paulatina de poder temporal por parte de la Iglesia al tiempo que extendía su poder espiritual. A juicio de Aranda, es a partir de la Paz de Westfalia (1648) cuando el papado pasa a ser un actor marginal dentro del sistema de estadonaciones, algo que creemos es cierto pero que sin embargo pensamos debe ser matizado, porque la Iglesia de Roma siguió teniendo mucho que decir en el escenario internacional hasta finales del siglo XIX.

En lo que sí que estamos totalmente de acuerdo con el autor es cuando afirma que la Iglesia ha jugado un papel de gran relevancia en la gestación de lo que acabaría siendo la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, para lo cual él considera necesario remontarse a las etapas de las misiones, desde donde se defendían valores como la libertad, la seguridad y la equidad, al tiempo que se intentaba ayudar en la lucha social contra la marginalidad.

Aunque esa defensa de los derechos humanos llevaba siglos realizándose, fue la creación de la Vicaría de la Solidaridad, el 1 de enero de 1976, la que institucionalizó de manera más gráfica dicha defensa. El contexto era muy propicio: un régimen autoritario capaz de desarrollar una represión con la mayor dosis de brutalidad y un país de larga tradición católica, una de las más relevantes en el conjunto del continente americano. Tiene razón Aranda cuando dice que la emergencia de la Vicaría se encontraba precedida por la instalación de regímenes militares de nuevo cariz, que tenían grandes diferencias con las antiguas dictaduras que habían existido en América Latina: se llevaba a cabo en países con relativo crecimiento económico (Argentina y Brasil) y/o con una tradición institucional de régimen civil (Chile y Uruguay). Por ello, el autor realiza un correcto itinerario historiográfico: desarrollo del régimen chileno,

reacción de la Iglesia ante esa realidad (deteniéndose en la figura clave de Silva Henríquez, líder indiscutible e indiscutido del catolicismo chileno) y, finalmente, creación y desarrollo de la Vicaría de la Solidaridad.

Consciente de la peculiaridad de la Vicaría como organismo diocesano, Aranda describe de manera sistemática la forma de funcionar la institución. Su origen y objetivos, con estructuración incluida (Arzobispo, Vicario, Consejo del Vicario, Secretario Ejecutivo, consejo de jefes de departamento y, finalmente, las unidades y los departamentos que lo componían), tipos de derechos que defendía, función y criterios de acción, y dinámica relacional. Estoy plenamente de acuerdo con él cuando afirma el papel clave que jugó su capital humano y social en el éxito de la empresa, entre otras cuestiones porque los recursos económicos eran limitados (sobre todo hasta que se logró un amplio apoyo internacional). Al haber muchas personas que, estando vinculadas al mundo católico, trabajaban en ámbitos francamente diversos, ello abrió unas posibilidades a la institución quizá insospechadas en el momento de su constitución. Desde esa perspectiva, cuando uno concluye la lectura del libro de Gilberto Aranda, le llama la atención la inmensa labor realizada por los miembros de la Vicaría para recabar apoyos, lo cual tiene especial mérito dado el tradicional aislamiento en el que se ha encontrado Chile por su extensísima cordillera y dado que los medios no eran en, aquel momento, especialmente a finales de los setenta, de la envergadura de los actuales.

Y es que, como muy bien dice el autor, que estudió el comportamiento del clero de dos diócesis chilenas (Santiago y Melipilla) para comprobar la interacción entre lo nacional y lo transnacional, el carácter de valores compartidos por grandes contingentes de la sociedad civil mundial y por la Iglesia Católica, fue lo que hizo posible que una institución jerárquica ubicada sobre el eje local-global se acabara transformando en un actor glo-local.

En definitiva, tenemos la impresión de que nos encontramos ante un excelente libro que tiene especial mérito porque ha sido afrontado por un no especialista en la Historia de la Iglesia que, sin embargo, ha sabido tratar el tema con la mesura y objetividad que debe esperarse de todo historiador.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

BASTANTE, JESÚS, *Benedicto XVI, el nuevo Papa. Ratzinger: su biografía, las claves de su elección y los desafíos antes el siglo XXI* (La Esfera de los Libros, Madrid 2005), 253p., ISBN: 84-9734-341-7.

La elección de Joseph Ratzinger como sucesor de Juan Pablo II ha producido, como por otra parte era esperable, un auténtico aluvión de monografías sobre la figura del nuevo Papa. Unas han corrido a cargo de teólogos (Olegario González de Cardedal, por ejemplo), otras a cargo de periodistas (José Manuel Vidal) y otras a cargo de simples escritores (José Catalán). La que ahora se nos presenta ha sido realizada por un periodista, Jesús Bastante, que cubre la información religiosa para el diario *ABC*. El resultado ha sido un libro discreto aunque respetable por parte de un profesional del periodismo que ha tenido la valentía de introducirse en un terreno que no es el suyo, el de la Historia de la Iglesia.